

Los populismos y los gobiernos tecnócratas, amenaza para la democracia

Cristina Monge

Hace más de una década que los descontentos se han apoderado de las democracias occidentales. Anclados en malestares tanto materiales como emocionales, y con matices y diferencias en cada región y cada país, ese descontento está erosionando la idea de representación, la adhesión a valores liberales y progresistas, y finalmente, la convivencia. Hay quien se pregunta cuándo las democracias, antaño máquinas de bienestar, se convirtieron en lo contrario, en máquinas de malestar. Si damos con las respuestas adecuadas estaremos más cerca de mejorar nuestra convivencia -fin último de toda política- y alejaremos a los autoritarismos que acechan a la vuelta de la esquina.

Cada vez que un país llama a sus ciudadanos y sus ciudadanas a votar, fuerzas de impugnación del sistema ascienden posiciones, llegando incluso a los gobiernos. Si en otros momentos de la Historia esas fuerzas abrazaban valores progresistas, hoy lo hacen formaciones ultraderechistas, o “neorreaccionarias”, por describirlos con mayor precisión. Es decir, movimientos de extrema derecha, antidemocráticos, ultraconservadores, tradicionalistas y aceleracionistas que se describen como “la antítesis de la Ilustración”, que niegan el valor del igualitarismo. La Argentina de Milei y los Estados Unidos de Trump son ejemplo de ello. En otros países, como Hungría o Italia, las ultraderechas tienen perfiles distintos, pero no dejan de cuestionar y socavar muchos de los consensos sobre los que se han

fundado las democracias. Junto a ellos, los “tecnofeudalistas” propugnan la vuelta a formas políticas propias del Antiguo Régimen, esta vez, de la mano de los “señores tecnofeudales”, gigantes tecnológicos con capacidad para controlarlo todo.

Aunque hay excepciones y países que ya han vivido el ascenso y posterior caída de estas formaciones, la tendencia general desde hace más de una década es de un incremento progresivo de los apoyos electorales a tales formaciones, una mayor penetración de su discurso y una influencia cada vez más clara en las derechas sistémicas. En ocasiones, ni siquiera hace falta que la ultraderecha o los neorreaccionarios gobiernen para imponer sus políticas. Basta con que sus votos sean necesarios para la gobernabilidad, como ocurre en España allá donde la derecha tradicional del Partido Popular necesita a la ultraderecha de Vox para estar en los ejecutivos locales o autonómicos. En otras ocasiones, es suficiente con que consigan asustar a quienes ocupan de momento el poder, como en Francia. Participen o no en los ejecutivos, estas fuerzas de la ultraderecha están consiguiendo influir con su discurso en los partidos conservadores sistémicos y cuestionar valores y consensos sobre los que se funda la convivencia democrática: migración, feminismo y lucha contra el cambio climático son sus principales banderas, con matices distintos en cada país.

Lejos del desprecio a sus votantes o de la descalificación fácil, es urgente entender qué está pasando en estas sociedades para que una parte creciente de la ciudadanía considere que la democracia ha dejado de ser una oferta interesante, algo a defender, unos valores compartidos.

Lo que vamos conociendo del apoyo a la ultraderecha remite a una amplia gama de malestares difusos, que tienen de telón de fondo, al menos tres factores: En primer lugar, la

incertidumbre que envuelve el presente y el futuro. Le acompañan la inseguridad y su correlato, el miedo. Finalmente, una serie de desigualdades estructurales que se manifiestan de forma cada vez más clara en una profunda división entre las élites políticas, económicas y culturales por un lado, y el conjunto de la sociedad por el otro. En muchas ocasiones, el territorio emerge como base material de esa división. Incertidumbre, miedo y desigualdad dibujan el escenario del momento actual.

Las paradojas se multiplican. Catástrofes producidas o que adquieren mayor virulencia a consecuencia del cambio climático, como inundaciones, provocan una espiral de malestar y descontento que acaba dándole ventaja a fuerzas políticas que precisamente se caracterizan por negar o cuestionar la importancia del cambio climático, como ha ocurrido en España con VOX tras la última DANA en Valencia. Los gurús y propietarios de grandes empresas tecnológicas, que han crecido promoviendo la globalización, son hoy aliados de un Donald Trump que se envuelve en la bandera proteccionista y nacionalista de EEUU y cuestiona esa misma globalización o intenta convertirla en una nueva versión del proceso colonial y el sometimiento a gran escala de otros pueblos y ámbitos geográficos. Quienes claman por la desregulación, por la minimización del Estado y rechazan cualquier política dirigida a combatir la desigualdad, reciben buenos apoyos de las clases populares, las que más sufren los efectos de esa desigualdad. Ahí está Milei con su motosierra.

¿Por qué las democracias son incapaces de gestionar la incertidumbre hasta el punto de dejar que el miedo se apodere de sociedades acomodadas como son las democracias occidentales, y de plantar cara a la desigualdad?

De la indignación a la decepción y la rabia antidemocrática

Con la llegada del siglo XXI la indignación penetró en Europa. Ya en 2002 los Girotondi se empezaron a manifestar en Italia mostrando un malestar crítico con las instituciones de su país. A partir de 2011 la indignación se extendió por otros países del Viejo Continente. En Francia el movimiento La Nuit Debout estalló tras una manifestación por la reforma laboral que terminó acampando en la Plaza de la República y haciendo una enmienda a la totalidad a la V República. La indignación recorrió también, aunque con resultados desiguales, las calles de Portugal, Grecia o Reino Unido, y saltó el Atlántico para llenar las calles de Nueva York con el movimiento Occupy Wall Street y penetrar en América Latina levantando a estudiantes en Chile y Colombia, o al movimiento #YoSoy132 en México, entre otros. Con manifestaciones y realidades políticas muy distintas, la indignación llenaba calles y plazas contra un modelo económico generador de desigualdad y unos representantes políticos que eran percibidos como ajenos al dolor que causaban las crisis. La brecha entre representantes y representados se había abierto.

España fue uno de los países donde más prendió la mecha de la indignación. El movimiento 15M llenó las plazas de jóvenes y no tan jóvenes que se sentían estafados. “No somos anti-sistema, el sistema es anti-nosotros”, gritaban. Se trataba de una generación que estaba siendo víctima del fin de un espejismo: el que suponía creer que la Historia era una línea recta de progreso ascendente y que cada generación conquistaría mayores derechos y cotas de bienestar que las anteriores. A esos jóvenes se les había prometido que, si se formaban y pasaban unos años fuera de su país para manejar un par de idiomas, a su vuelta disfrutarían, al menos, del mismo nivel de bienestar que habían tenido en el hogar familiar. Ellos, ellas, cumplieron su parte del trato. Pero algo se quebró, y pese a ser la generación mejor formada

hasta ese momento, si todo iba bien conseguirían ser, en el mejor de los casos, “milleuristas”. Los indignados y las indignadas fueron esos jóvenes, acompañados a menudo de sus familias, que se sentían también víctimas de la estafa. Según los estudios del CIS, más del 80% de la población española aprobaba y simpatizaba con esas movilizaciones.

“No nos representan” fue el grito de ese momento y sus ecos llegan hasta nuestros días. ¿Quiénes eran quienes no les representaban? En realidad, todo aquello que remitiera a un poder instituido. Por supuesto, los políticos; pero no sólo los políticos. También las empresas y el mundo financiero, como dejaron claro cuando rodearon el edificio de la Bolsa de Madrid; los medios de comunicación, a los que se acusaba continuamente de manipulación a los que apenas atendían los acampados; las organizaciones empresariales y sindicales, a las que se acusaba de servir sólo a sus intereses; incluso las ONGs, colaboradoras de un sistema perverso. “CCOO y UGT no están aquí. Están reunidos con los empresarios”, podía leerse en una pancarta en la madrileña plaza de Sol. En definitiva, todo lo que sonara a sistema era sospechoso para una ciudadanía que se sentía víctima de una crisis que no había creado y percibía que los verdaderos responsables, lejos de mirar por lo común, se protegían y atrincheraban en sus privilegios. Como en otros países, en España el 15M señaló las fallas de un sistema que mostraba a las claras “fatiga de materiales”.

Si miramos hacia atrás encontraremos en este 15M, en la Nuit Debout francesa, en las acampadas de los indignados en Chile o en las movilizaciones de los miembros de Occupy Wall Street en Nueva York, unas de las primeras manifestaciones del cuestionamiento de todas las entidades de mediación. Partidos políticos, sindicatos, medios de comunicación... Todos esos actores encargados de intermediar, función clave en las democracias representativas, eran acusados de no hacer su trabajo y de parapetarse detrás de sus

privilegios. Hoy la lista de quienes ya no merecen nuestra confianza llega incluso a eso que se llama “los expertos”, las universidades y la propia ciencia.

En el caso español el papel de los partidos políticos, convertidos entonces en protagonistas exclusivos de la democracia, pero también el rol de la sociedad civil, mucho más endeble que en otros países del mismo entorno, o el papel de los medios de comunicación, a los que se acusaba de estar al servicio del poder, fueron puestos en cuestión desde las plazas. A ese “momento destituyente”, como les gustaba denominar a tal periodo a los líderes de Podemos, le siguió uno con pretensiones “constituyentes”, hasta el punto que, en el caso de España, la indignación generó una sensación de “Segunda Transición”. Los partidos tradicionales ya no valían y eran necesarias nuevas formaciones más abiertas a la sociedad, más horizontales, más permeables. Tanto es así, que nuevas formaciones políticas que surgían, de izquierdas o derechas, a un lado y otro del Atlántico, dejaron de utilizar la palabra “partido” en su denominación.

En España Podemos por la izquierda y Ciudadanos por la derecha recogieron el testigo. Padres y madres socialistas veían cómo sus hijos llenaban los mítines de Podemos y no podían dejar de sentir nostalgia de una juventud, la suya, que vivieron en plena Transición. También la forma de movilizarse cambió. La indignación impulsó una nueva manera de protesta y movilización de carácter ciudadano, transversal, impugnadora y superadora de las organizaciones tradicionales, cuyo máximo exponente más de una década después es el movimiento feminista que cada 8M desde 2017 llena las calles de mujeres y hombres de todas las edades, y no lo hace sólo en España.

En el fondo, subyacía una pulsión fuertemente antiestablishment que cuestionaba a los partidos, a las organizaciones sociales tradicionales, a los medios de comunicación... a todo aquello que sonara al sistema establecido.

Más de una década después de todo esto el malestar sigue presente, pero algo ha cambiado. Quizá se trate de un caso más de esa constante histórica que dice que a toda “revolución” o momento de notables avances, le sigue un retroceso (Estefanía, 2018), una especie de backlash que se activa de forma casi automática. No obstante, tiene perfiles propios que es necesario identificar.

Lo que ayer era indignación hoy ha mutado en decepción para quienes se movilizaron esperando otra forma de hacer las cosas. Muchos de los fallos del sistema que señaló el 15M siguen ahí. En España -y en otros países no difiere mucho- la política protagoniza la lista de problemas nacionales, según demuestran mes a mes los estudios del CIS.

La ciudadanía cada vez percibe a los políticos más preocupados por “sus” asuntos que por los asuntos comunes. No confían en ellos, ni en el sistema, ni les creen capaces de hacer frente a los desafíos de futuro, mientras van teniendo de forma reiterada la sensación de que su vida no mejora. Los malestares van en aumento y se proyectan en un descontento creciente que ahora, a diferencia de en 2011, no están articulando quienes desde posiciones progresistas o conservadoras aspiran a más y mejor democracia, sino por quienes cuestionan buena parte de los consensos sobre los que ésta se han construido. La brecha entre gobernantes y gobernados se ensancha.

Una parte de la decepción se ha convertido en rabia, en una rabia que se proyecta también contra el poder instituido al que tratan como un todo homogéneo, sin distinción -uno de los rasgos del populismo: nosotros contra ellos, siendo “nosotros” y “ellos” algo uniforme-, y frente al que se presentan como alternativa, como la única alternativa. “Sólo queda VOX” ha sido uno de los lemas en redes sociales más efectivos de la ultraderecha española.

En efecto, su estrategia pasa por hacerse ver como una alternativa al sistema, pese a que hayan participado ya en el gobierno de municipios y comunidades autónomas. Su materia prima, los malestares, el descontento y la frustración. Su acelerador, la crispación de las élites políticas y su propia capacidad para envenenar el debate público con la ayuda de las redes sociales. Sus temas bandera, aquellos que saben que pueden estar generando conflictos y malestar: la migración mal gestionada, la transición ecológica mal planteada, el abandono del medio rural o el feminismo con aires de superioridad e intransigencia. De telón de fondo, la sensación de estancamiento en capas cada vez más extensas de la sociedad, la ausencia de un futuro ilusionante o la instauración de un clima de colapso del sistema... Todo ello contribuye a que se forme la tormenta perfecta.

Es por esas brechas que se han ido abriendo y que se van haciendo cada vez más profundas por donde penetran los movimientos de ultraderecha recogiendo apoyos que varían en cada país, pero que consiguen una paradójica alianza contranatura entre una parte de las élites y muchos de quienes menos tienen. Lobos y corderos se asocian a pesar de que sus intereses objetivos son contradictorios.

La rabia ha cambiado de bando. Ahora ya no cantan “Me gustas, democracia, pero estás como ausente”, como se escuchaba en las plazas del 15M. Ahora gritan “A por ellos” y

“ellos” somos todos los que abogamos por sociedades más justas, por un modelo económico sostenible, por un feminismo que penetre en la sociedad haciéndola igualitaria, por un multilateralismo que consiga abordar los desafíos globales que nos rodean.... Por raro que parezca, claman contra cuestiones hasta ahora incuestionables, incluso vistas como naif, ingenuas o “buenistas”: la paz en el mundo, la erradicación del hambre y la pobreza, el acceso a la educación, la igualdad... todo esto que engloban en la “Agenda 2030”. Porque, reconozcámoslo: son esos valores los que han estado ganando. De forma lenta, insuficiente, contradictoria la mayor parte de las veces, pero lo instituido era, es, lo que recogen los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible. Y es contra eso contra lo que se proyecta la rabia. No es extraño que los neorreaccionarios se definan como la Ilustración Oscura; es una buena manera de sintetizar sus propuestas.

La crisis de la democracia de este tiempo

La idea de crisis está íntimamente unida a la de democracia. En cierta manera, la conciencia de crisis permanente es la que puede ayudar a avanzar a las democracias. Cabe preguntarse, no obstante, si esta crisis de la democracia es similar a otras o tiene perfiles propios. No se trata tanto de una crisis de desempeño, sino de una crisis de confianza. Las democracias siguen siendo más eficaces a la hora de abordar problemas complejos, como la crisis climática -las sociedades con mayor calidad democrática está gestionando mejor las políticas de adaptación, por ejemplo -, o la propia Covid - la autoritaria China fue de los últimos países en darla por vencida-. También, aunque la desigualdad se les resiste, son sociedades más igualitarias que los regímenes autoritarios.

Sin embargo, la ciudadanía no confía en las instituciones democráticas para hacer frente a los retos del momento. El futuro se ha convertido en su sitio siniestro al que no se quiere llegar y la esperanza se ha esfumado.

En efecto, el contexto descrito opera en un escenario de crisis de la democracia provocado por una profunda desconfianza de la ciudadanía hacia las instituciones, los órganos de intermediación y hacia el conjunto de la sociedad. En particular, la crisis de confianza en los órganos de intermediación de la democracia que corroe las instituciones llega a cuestionar su capacidad para hacer frente a los desafíos del día a día e imposibilitar que cumplan sus funciones. ¿Cómo pueden los partidos políticos agregar las preferencias sociales, formar y seleccionar a quienes nos han de representar o formular propuestas políticas, si menos del 10% de la población dice confiar en ellos, según los últimos Eurobarómetros? ¿Cómo pueden los medios de comunicación articular la conversación pública, si apenas 3 de cada 10 ciudadanos creen en la información que leen o escuchan? ¿Cómo aportar argumentos desde conocimientos expertos, si estos expertos están cada vez más cuestionados y, en muchos casos, denigrados?

Lo peor de la batalla de Trump contra Harvard ya no es tanto el hecho, -coherente con su discurso y su política-, como la certeza, que tanto él como los suyos tienen, de que no sólo no les va a pasar factura, sino que, más bien al contrario, le va a ayudar a cohesionar sus apoyos. Su afrenta contra Harvard no lo es contra la élite, -a la que defiende-, sino contra esa otra élite, la que valora una buena formación, disfruta del conocimiento y defiende los valores liberales. Son herederos de esa Ilustración a la que quieren combatir. Por contra, las élites a las que Trump protege y representa son élites iliberales, y en este iliberalismo encuentra el aplauso -y los votos- de muchos de los que menos tienen. Para haber llegado hasta aquí,

demócratas norteamericanos, izquierdistas latinoamericanos y socialdemócratas europeos han tenido que cometer numerosos errores.

Una profunda desconfianza hacia todo lo que suene a sistema, a poder instituido, que se extiende hacia el conjunto de la sociedad e incluso a nosotros mismos, abre las puertas a una ultraderecha especialmente hábil a la hora de detectar las brechas de las estructuras institucionales y contaminar la conversación pública, parte esencial de la convivencia en democracia.

Desigualdad y desconfianza son dos claves de las sociedades occidentales actuales que actúan en un contexto donde cada vez somos más conscientes de los retos a los que nos enfrentamos. La crisis ambiental, la revolución digital, la reacción ante el avance del feminismo o los movimientos de personas aparecen en el horizonte como enormes desafíos. La incertidumbre se ha apoderado del siglo XXI.

¿Quién va a gestionar estos retos, si no confiamos en nadie? En efecto, la percepción de desconfianza se incrementa al preguntar quién se va hacer cargo de semejante panorama. La respuesta adquiere especial trascendencia, dado que del éxito de tal gestión dependerá que la vida siga siendo posible en el planeta, que la tecnología ayude a mejorar la convivencia y la democracia, y que los movimientos de personas sean una oportunidad para los que llegan y los que les recibimos. Si estos retos se convierten en oportunidades, ayudarán a mejorar nuestra convivencia y a recuperar la confianza. En caso contrario, pueden acelerar los procesos de erosión y corrosión de las democracias.

Cuando la democracia deja de ser una opción creíble en la que confiar, surgen dos alternativas: El populismo y la tecnocracia. El primero, palabra que encierra una enorme complejidad y diversidad de significados según los contextos y las tradiciones políticas, se caracteriza, entre otras cosas, por entender la sociedad estructurada en un “nosotros” contra “ellos”. Piénsese en la “casta” contra el “pueblo”, o las “élites” contra el “pueblo”. Cada uno de estos grupos, la casta, la élite o el pueblo, se entiende desde la óptica populista como algo homogéneo, negando así uno de los elementos básicos de las democracias, que no es otro que el pluralismo. ¿Acaso esas élites, castas o pueblo no encierran en sí mismos una enorme heterogeneidad y pluralismo?

Por su parte, las soluciones tecnocráticas, suponen una enmienda a la totalidad a la propia idea de democracia al sustituir la voluntad del “demos” por pretendido conocimiento técnico - científico supuestamente superior e ideológicamente neutro. Hacen suyo el concepto neoliberal del “TINA” - There is no alternative- que popularizaron Reagan y Thatcher y al que Fukuyama pulso el colofón con su idea del fin de la Historia, de la que luego se ha apartado en sus últimos y recientes trabajos.

Populismo y tecnocracia son, por tanto, dos salidas que emergen ante la crisis de la democracia de nuestros días, que no es otra que una enorme crisis de desconfianza en las instituciones, en todos los agentes de intermediación y en las propias sociedades. Más allá, por tanto, de señalar a populistas y tecnócratas, merece la pena pensar qué es lo que ha provocado esa desconfianza como paso previo a diseñar una estrategia bien para recuperarla, bien para diseñar otros dispositivos que puedan sustituir a los anteriores por la vía de más y mejor democracia.

¿Qué hacer?: Cinco ideas para empezar

Es clave recuperar la confianza en nosotros mismos como sociedad, la confianza en las instituciones que nos representan y en quienes median para ello. Si las instancias que conocemos no nos sirven, si no es posible recuperar la confianza perdida en ellas, habrá que inventar otras. Porque no es cierto que no haya más alternativas, porque el futuro no está escrito y está por construir, y porque quienes abanderan la nostalgia nos quieren devolver a un pasado, ese sí, tenebroso. De ahí la necesidad de recuperar la esperanza en un futuro mejor. Ni la Historia terminó cuando Fukuyama publicó su libro que marcó una época, ni va a hacerlo ahora. Por eso el futuro es un espacio en disputa, una batalla -perdonen el lenguaje bélico- que no puede dejar de librarse.

1.- Imaginar el futuro al que queremos llegar: Un futuro que, para empezar, necesita ser imaginado, problematizado, debatido, pensado. En colectivo. Con concreción, definiendo bien los perfiles.

2.- Establecer alianzas a todos los niveles -local, nacional, internacional- y en todos los espacios -en las instituciones, en las empresas, en los centros educativos, en las organizaciones de la sociedad civil- para rehacer un nuevo “contrato social” en forma de alianza para abordar los retos del momento.

3.- Entender cada reto como una oportunidad: Haciendo real la gran oportunidad que es la transición ecológica, las enormes posibilidades que brindan los avances tecnológicos puestos al servicio de la humanidad, las ventajas de una sociedad feminista donde tanto nosotras

como ellos vivamos mejor, y la diversidad, sinónimo de riqueza, que aporta la migración, como la Historia nos enseña.

4.- Repensar conceptos incómodos: Seguridad, Libertad, Poder... Repensando desde parámetros democráticos conceptos que hoy son incómodos, como el de seguridad. Buena parte de las reacciones sociales se explican analizando cómo buscamos desesperadamente esa seguridad que está en la base de nuestras necesidades. Pero, ¿de qué seguridad hablamos, de la que dan los ejércitos o de la que proporcionan las calles llenas de comercios y viandantes? En una buena parte del mundo la principal amenaza a la seguridad no son hoy las bombas ni las invasiones, sino los peligros que encierra la crisis climática, la violencia machista contra las mujeres o los ciberataques. ¿Qué significa, entonces, la seguridad en estas sociedades? Sentir su ausencia es causa clara de malestar, pero, ¿dónde la buscamos?

5.- Atrevernos a equivocarnos: Todo esto necesitamos abordarlo con rigor, escuchando con toda la atención para entender los malestares y el descontento, explorando salidas que serán siempre parciales y no por ello menores, y con la honestidad intelectual de quien sabe que camina por territorio inexplorado. Atrevámonos a equivocarnos cuando antes, porque antes daremos con el camino que nos lleve al lugar donde queremos llegar.